

Construcción de la identidad de las mujeres jóvenes

La siguiente serie de artículos, todos relacionados a la construcción de la identidad de las mujeres jóvenes, es parte de la elaboración de un proyecto de investigación realizado para la carrera de psicología. Gabriela Cob trabajó varios años con grupos de mujeres jóvenes en distintas partes del Área Metropolitana en áreas de identidad, liderazgo, sexualidad y autoestima.

Identidad, juventud y sexismo

Por Gabriela Cob

De manera inicial *la identidad* la entenderemos como el conjunto de características que definen al sujeto en su condición histórica. Es el resultado de la construcción simbólica. Tiene como referente lo simbólico y lo que se produce en la interacción con las personas que a través de la pedagogía cotidiana contribuyen al desarrollo de la identidad de cada quien. La identidad siempre se construye a partir de asignaciones, mandatos, ejemplos y compulsión social. Por eso, la identidad tiene varias dimensiones: **la identidad asignada, la identidad aprendida, la identidad internalizada que constituye la autoidentidad.**

La identidad siempre está en proceso constructivo no es estática ni coherente, no corresponde mecánicamente con los estereotipos. Cada persona reacciona y , de manera creativa, al resolver su vida, elabora los contenidos asignados, a partir de su experiencia, anhelos y deseos sobre sí misma

La identidad en abstracto, como categoría teórica, es el conjunto de características que distinguen la subjetividad del sujeto en relación con el Ser y la Existencia. El sujeto puede ser particular o grupal. Por eso, podemos hablar de identidad nacional, étnica, de clase o política, y esta subjetividad del sujeto puede referirse a distintos seres y aspectos de la existencia.(Lagarde, 1992)

La identidad es un atributo sin el cual es muy difícil que se constituya el sujeto.

Hay dos niveles de la identidad, la asignada y la autoasignada. No siempre existe una correspondencia entre estos dos.

Las identidades no son condiciones aisladas unas de otras, sino que son un sistema de referencias entre sujetos diferentes entre sí, que se clasifican con un método basado en semejanzas y diferencias. Es decir agrupa a los sujetos semejantes en la misma categoría, que implica a la vez la diferencia con otra.(Lagarde, 1992)

La identidad del sujeto está siempre en interacción con el mundo y se construye constantemente en un *continuum*.

Hablar de la identidad de “las” jóvenes en una sociedad fragmentada, resulta un prejuicio que induce a homogenizarlas. Mas bien podemos pluralizar el término para tomar en cuenta la diversidad e inmensa gama de posibilidades de expresión humana.

Por este motivo la conceptualización que abordamos en cuanto a la identidad, nos remite a que debemos hablar de las identidades.

Al hablar de que la identidad no es estática entonces podemos referirnos a que existen *procesos de cambio de identidad*. Estos no son neutros, sino muy conflictivos. Las personas viven internamente la crisis de identidad asignada y la que parte de la experiencia distinta, y tratará de aproximarse a lo nuevo, asumiendo rasgos culturales y sociales de esa nueva identidad.

Es importante que si al cambio que hace la persona se le nombra, se le da un nombre, puede cambiar una vida. Esto porque en tanto la persona genera cambios, las personas alrededor y personas que representan ciertas instituciones de socialización van a tener diversas reacciones que pueden ir desde la aprobación, la censura, el castigo, entre otras. Pero debemos de tener en cuenta que las repercusiones que experimente la persona pueden asentar o no un real cambio.

El miedo al cambio...

Para este trabajo nos interesa en especial la identidad y procesos de cambio de la identidad de las mujeres jóvenes y al enfocarlo desde la perspectiva de género, empiezan a delimitarse los niveles de análisis (o más bien a ampliarse). Partimos de que todo en nuestro mundo es femenino o masculino. No tenemos concepto de neutralidad o de otras dimensiones posibles.

La mayor parte de los cambios de género surgen de modificaciones en la vida social, económica que actúan de manera compulsiva sobre la vida de los individuos. Otros cambios pueden ser impulsados, por la voluntad de las personas, pero cuentan con la oposición del sistema (Lagarde, 1992).

Las identidades se van construyendo por superposición de nuevas tendencias junto con las tradicionales.

Pero debemos de profundizar aún más en el análisis de los sistemas de estructuración social que afectan a las mujeres jóvenes, sin dejar por fuera que afecta a toda la población general de distintas maneras. Con respecto al *sexismo*, Marcela Lagarde nos define que “la conformación de la humanidad por mujeres y hombres se ve obstaculizada porque atraviesa al mundo contemporáneo y se expresa en políticas, formas de relación y comportamiento, en actitudes y acciones entre las personas así como de las instituciones hacia las personas.

La sociedad sexista

Nuestra cultura es sexista en contenidos y grados en ocasiones sutiles e imperceptibles pero graves, y en otras es sexista de manera explícita, contundente e innegable”.

El sexismo es generado socialmente porque parte del orden, de los mecanismos de funcionamiento, de las estructuras y las relaciones sociales recrean formas de dominación basadas en el sexo de las personas y en lo que las personas hacen con su sexualidad.

Las formas más relevantes de sexismo son el *machismo*, la *misoginia* y la *homofobia*. Y una característica común a todas ellas es que son la expresión de formas acendradas de dominio masculino patriarcal.

El sexismo patriarcal se basa en el *Androcentrismo*. La mentalidad androcéntrica permite considerar valorativamente y apoyar socialmente que los hombres y lo masculino son superiores, más capaces y más útiles que las mujeres. Por ello es legítimo que tengan el monopolio del poder de dominio y de violencia. Así el androcentrismo se expresa en el *machismo* como magnificación de ciertas características de los hombres, de su condición masculina, de la masculinidad y, en particular de la virilidad: abigarrada mezcla de agresión, fuerza dañina y depredadora, y dominación sexual.

El androcentrismo se entreteje y completa con la misoginia. Tras la sobrevaloración de los hombres y lo masculino, se inferioriza y subvalora a las mujeres y a lo femenino. La dominación patriarcal pone en condiciones sociales de subordinación a las mujeres y las hace invisibles simbólicamente e imaginariamente: no obstante la presencia de las mujeres, no son vistas, o no son identificadas ni reconocidas algunas de sus características. La invisibilización de las mujeres es producto de un fenómeno cultural masivo: la negación y la anulación de aquello que la cultura patriarcal incluye como atributo de las mujeres o de lo femenino. La subjetividad de cada persona está estructurada para ver y no mirar, para oír sin escuchar lo inaceptable, para presenciar y no entender, incluso para tomar los bienes de las mujeres, aprovecharse de sus acciones o beneficiarse de su dominio y no registrar que así ha ocurrido.

La *misoginia* se produce cuando se cree que la inferioridad de las mujeres en comparación con los hombres es por sí misma natural, cuando de antemano se sostiene que las mujeres son impotentes por incapacidad propia y de manera central, cuando se hostiliza, se agrede y se somete a las mujeres haciendo uso de la legitimidad patriarcal. La misoginia es certera cuando ni siquiera nos preguntamos si la dominación genérica a las mujeres es injusta, dañina y éticamente reprobable. La misoginia está presente cuando se piensa y se actúa como si fuese natural que se dañe, se margine, se maltrate y se promuevan acciones y formas de comportamiento hostiles, agresivas y machistas hacia las mujeres y sus obras y hacia lo femenino.

En síntesis la misoginia es un recurso consensual de poder que hace a las mujeres ser oprimidas antes de actuar o manifestarse, aún antes de existir, sólo por su condición genérica. La opresión femenina reúne la articulación entre machismo y misoginia, los cuales, al interactuar se potencian mutuamente. (Lagarde 1998)

El sexismo se realiza también en la *homofobia*, cuando se considera que la heterosexualidad es natural, superior y positiva, y por antagonismo, se supone que la homosexualidad es inferior y es negativa. La homofobia concentra actitudes y acciones hostiles hacia las personas homosexuales. Y como en las otras formas de sexismo, la violencia hacia la homosexualidad se considera legítima, incuestionable, justificada.

El sexismo es uno de los pilares más sólidos de la cultura patriarcal y de nuestras mentalidades. Casi todas las personas en el mundo hemos sido educadas de manera sexista y además pensamos, sentimos y nos comportamos sexistamente sin incomodarnos o sintiendo que es preciso hacerlo, que es un deber o que así ha sido siempre. Como si el sexismo fuese ineludible.

En tanto sustrato cultural el sexismo es contenido fundamental de la autoidentidad. Por eso, las personas lo aprenden, lo internalizan, lo adecuan y recrean: lo convierten en afectos, pensamientos, prejuicios y veredictos, en moral y norma de conducta y en cristal para ver el mundo y sus habitantes. El sexismo es pilar de la inquisición que cada quién lleva adentro.

Juventud

En un primer momento dentro de las ciencias sociales y en específico desde la psicología no existe en la mayoría de las elaboraciones anteriores y actuales mucha claridad en cuanto a la juventud. Indiscriminadamente se utilizan los términos juventud y adolescencia para un grupo de población que reúne determinadas características, pero sobretodo basado en un criterio de edad. Según la OPS (Organización Panamericana de la Salud) y la OMS (Organización Mundial de la Salud) reconocen que “es una tarea prácticamente imposible el tratar de dar una definición única de lo que se entiende por adolescencia y juventud. Para fines prácticos, sin embargo, se entiende aquí el período de la vida comprendido entre los 10 y 19 años para adolescencia, y los 15 y 24 años para juventud”. Si bien a nivel de estas macro organizaciones, instituciones y el Estado los análisis sobre la población se vuelven generalmente un mero dato, un número por lo que les resulta más fácil poner la variable edad como criterio de definición y delimitación. Para las sociedades como las nuestras (Occidentales del tercer mundo) la juventud llega a considerarse bajo criterios no solo de la edad sino también es muy importante la apariencia, lo que se hace o se deja de hacer, entre otros.

Se considera a las personas jóvenes “aptas” para aprender, como en una etapa caracterizada por la capacidad de aprendizaje. Las generaciones anteriores exigen que se conserve la sociedad, los valores, los bienes, las prácticas sociales. Exigen que sean personas repetidoras pero a la vez que sean mejores (Abaunza, *et al.* 1995).

En un segundo momento de la juventud es cuando se exige a las personas jóvenes que empiecen a producir, algunas ya lo saben hacer porque desde su niñez producen. Por ejemplo en este sentido pocas investigaciones y analistas toman en cuenta que tratándose de las mujeres, desde que son niñas asumen responsabilidades, tareas, cuidado, trabajo no remunerado en general que no se ajustan a las definiciones tradicionales de la juventud como momento de moratoria social, de aprendizaje, de irresponsabilidad, sólo para citar algunas características. Un mandato que se exige en este momento es que tengan un perfil propio como seres que funden una nueva familia, ocupar un lugar en la vida civil (que muchas veces se reduce al concepto de votar), tener creencias fundadas. Todo esto busca generar un sistema que hace que la generación joven se haga cargo de la generación pasada.

Como lo mencionaba anteriormente, es importante señalar que estas condiciones de vida no son las mismas para las mujeres que para los hombres.

Si bien las jóvenes están sometidas también a las caracterizaciones descritas anteriormente, hemos sido socializadas para actuar en dos dimensiones. En la del mundo doméstico, privado de asumir el cuidado de los demás, del trabajo reproductivo, de la obediencia, y en la del mundo público: el ir a estudiar, trabajar fuera de la casa, todas las que realizan alguna actividad central para sus vidas en lo público requieren ser creativas, innovadoras, sin embargo a la vez hay que se les exige ser obedientes porque vivimos en sociedades de la obediencia, que además cobran una cuota mayor a las mujeres puesto que las percibe y considera inferiores.

Lo que se juega en este período de la vida es la posibilidad de vivir el presente. Debido a que las personas adultas y todas las instituciones han intentado presentar las posibilidades de vida como postergadas, donde solo se debe pensar en “el futuro”, hasta que se presente casi “mágicamente” la adultez.

Una parte constitutiva como mujeres son los mandatos asignados por la sociedad patriarcal debemos de tomar en cuenta elementos como crecer, separarse de la madre, relacionarse con los hombres, ser eficientes, agradar a los demás. Y es cuando somos jóvenes que se nos exigen más mandatos puesto que tenemos que cumplir con los tradicionales (tener pareja, casarse, tener hijas/os, hacer y saber todas las labores domésticas) y los modernos (estudiar bien, trabajar, ganar dinero, ser exitosas).

Deconstruir

Implica desmontar, desaprender los mandatos de género, desestructurar la concepción del mundo, la vida y la propia identidad como ser-para-los-otros. Es preciso dudar, dejar de creer y sustituir las creencias por conocimientos nuevos con explicaciones alternativas. Aún mujeres críticas, de mentalidad analítica, tienen dificultades para dejar de creer en los dogmas estructuradores de su visión del mundo, sobre todo para dejar de sentir miedo ante las alternativas.

La epistemología identitaria feminista implica ya no superponer sino emprender procesos deconstructivos. La alternativa feminista a las crisis de identidad y a la crisis de los modos de vida y de la existencia de las mujeres, implica comprender que la superposición estamentaria de estereotipos de género tiene un límite: que el conflicto llega a ser desgarrador, limitante y destructivo para las mujeres si no se resuelve a favor de cada una y del género. Hacer conciencia asimismo, de que la preservación a toda costa de lo tradicional imposibilita la asunción de la modernidad, del conjunto de oportunidades, recursos y bienes materiales y simbólicos, y derechos imprescindibles para desarticular la opresión.

De esta deconstrucción depende la calidad que alcance la vida de las mujeres y la posibilidad de arribar a niveles de bienestar sostenido y no circunstancial, y de bienvivir.

¿Por qué investigar la juventud de las mujeres?

Todas las mujeres compartimos una serie de hechos y características comunes que a veces de forma distinta vivimos a lo largo de la vida. Las mujeres entablamos relaciones muy particulares con otras mujeres y con los hombres a lo largo de nuestra vida. Aunque seamos de distintas clases sociales, de distintos grupos, podemos encontrar una gran cantidad de semejanzas.

A las mujeres, cuando nacemos, nos asignan e imponen una serie de características que debemos aprender a asumir. A lo largo de la vida tenemos que aprender a ser mujeres. Puede que unas aprendamos más y otras no aprendemos muy bien. Esto depende de las condiciones de vida y una de esas condiciones que varían mucho entre nosotras es la variación de edad. Cada grupo de edad de las mujeres tiene condiciones para que sean de ciertas formas y para prohibirles que sean de otras. La riqueza y la miseria condicionan las formas de ser mujer, así como otras condiciones sociales como el ser negra, indígena, ser lesbiana, con discapacidad, etc. Así que no solamente se puede hablar de mujeres jóvenes sino que es preciso identificar muchas características que nos hacen a las mujeres, adultas y jóvenes, diferentes y semejantes. Sin embargo es importante que en términos generales, hay un conjunto de semejanzas que hacen que podamos hablar de esa categoría.

En la actualidad se da por entendido que las mujeres debemos ejercer la maternidad, la conyugalidad y un oficio, una ocupación. Antes no era así. Se partía de que las mujeres ya tenían su destino (ser madre-esposa y esto le bastaba para “ser feliz”). Por lo que hoy día las jóvenes tienen, además de cumplir con los dos mandatos anteriores, formarse y desarrollarse en el campo profesional y/o laboral(fuera de la casa).

Con respecto a la identidad de la juventud es importante mencionar que todas las edades son un tránsito, un devenir. La niñez es un tránsito, la juventud es un tránsito, la madurez lo es, etc. Sin embargo, la juventud socialmente la conciben como un tránsito con mayor intensidad. Esta etapa está tan cargada de idealización -se habla de la plenitud de la vida- que hace que se le confiera un valor enorme. Los límites están muy presentes, se considera a las personas jóvenes como carenciadas. La carencia implica la dependencia y se depende de otros para sobrevivir. Lo que se juega en este período de la vida es la posibilidad de vivir el presente. O sea, de dejar de ser el futuro de la patria, de la humanidad, de la familia, sobre todo de dejar de ser a través de las otras personas. Es parte de esta propuesta la construcción de espacios e identidades que den mayores posibilidades de libertad y diversidad para las mujeres jóvenes.

Uno de los nudos que problematizan la adecuada investigación, facilitación y sensibilización, con respecto a las condiciones de vida de las mujeres jóvenes, son los estereotipos y construcciones teóricas de personas adultas sobre la juventud, arrastran sesgos adultocéntricos.

Consideran a los y las jóvenes no como sujetos sino como objetos que hay que “guiar”. Para hacerle frente a esto, es importante considerar que el trabajo que se desarrolla, debe de tomar en cuenta el punto de vista de las participantes, su capacidad de cambio y propuesta.

Como una de las búsquedas en las que pueda aportar este trabajo es en la construcción de nuevos paradigmas que puedan acompañar a las personas dispuestas a ejercer cambios en sus vidas. A dar distintas visiones que permitan la diversidad a las propuestas que tradicionalmente giran en torno a las mujeres jóvenes en la Psicología.

Por ejemplo, para citar algunas de las teorizaciones de la psicología. En primer lugar debo aclarar que es importante tomar en cuenta que éstas no contemplan un análisis diferenciado por género, lo que crea un sesgo importante que merece ser señalado. Parten, además, del concepto de *adolescente*, el cuál utilizaré solamente para no alterar la cita textual, sin embargo parto de que es un término discriminatorio por definición etimológica propia. Anna Freud dice que es muy difícil señalar el límite entre lo normal y lo patológico en la adolescencia, que toda la conmoción de este período de la vida debe ser estimada como normal, señalando además que sería anormal la presencia de un equilibrio estable durante el proceso adolescente.

“Las luchas y rebeldías externas del adolescente no son más que reflejos de los conflictos de dependencia infantil que íntimamente aún persisten. Los procesos de duelo obligan a actuaciones que tienen características defensivas, de tipo psicopático o contrafóbico, maníaco o esquizoparanoide, según el individuo y sus circunstancias. Es por ello que considero que puedo hablar de una verdadera “patología normal”...”(Aberastury, 1990)

Sigo citando... “El adolescente atraviesa por desequilibrio e inestabilidad extremas de acuerdo con lo que conocemos de él. En nuestro medio cultural, nos muestra períodos de elaboración, de ensimismamiento, alternando con audacia, timidez, incoordinación, urgencia, desinterés o apatía, que se suceden o son concomitantes con conflictos afectivos, crisis religiosas en las que se puede oscilar del ateísmo anárquico al misticismo fervoroso, intelectualizaciones y postulaciones filosóficas, ascetismo, conductas sexuales dirigidas hacia el heteroerotismo y hasta la homosexualidad ocasional. Todo esto es lo que yo he llamado una entidad semipatológica, o si se prefiere, un “síndrome normal de la adolescencia.” La mayor o menor anormalidad de este síndrome normal se deberá, en gran parte, a los procesos de identificación y de duelo que haya podido realizar el adolescente. En la medida en que haya elaborado los duelos, que son en última instancia los que llevan a la identificación, el adolescente verá su mundo interno mejor fortificado y , entonces esta normal anormalidad será menos conflictiva y por lo tanto menos perturbadora. (Aberastury et al 1987)

Es preciso destacar que el poder llegar a utilizar la genitalidad en la procreación es un hecho biopsicodinámico que determina una modificación esencial en el proceso del logro de la identidad adulta y que caracteriza la turbulencia e inestabilidad de la identidad.

El cuerpo y el esquema corporal son dos variables íntimamente relacionadas que no deben desconocerse en la ecuación del proceso de definición de sí mismo y de la identidad.

El esquema corporal es una resultante intrapsíquica de la realidad del sujeto, es decir, es la representación mental que el sujeto tiene de su propio cuerpo como consecuencia de sus experiencias en continua evolución.

El logro de un “autoconcepto” es lo que también Sherif y Sherif llaman el yo, desde un punto de vista psicológico no-psicoanalítico señalando que este autoconcepto se va desarrollando a

medida que el sujeto va cambiando y se va integrando con las concepciones que acerca de él mismo tienen muchas personas, grupos e instituciones, y va asimilando todos los valores que constituyen el ambiente social. Concomitantemente, se va formando este sentimiento de identidad, como una verdadera experiencia de “autoconocimiento”.

El fenómeno de la necesidad grupal adquiere importancia trascendental ya que se transfiere al grupo gran parte de la dependencia que anteriormente se mantenía con la estructura familiar y con los padres en especial.

Son teorías que nos hacen fluctuar desde los preceptos denigratorios y persecutorios hasta las descripciones más idealizadas de la juventud.

Hay una valoración del mundo afectivo por parte de las mujeres, eso les trae ciertas ventajas en cuanto a la aprobación social que puedan recibir, como el asumir formas que sobredimensionan lo afectivo y la afectividad de las y los demás (por ejemplo, asumir bajo cualquier circunstancia un papel conciliador) hace tener ciertos espacios de poder en el mundo de lo privado, pero minimiza la posibilidad de conquistar otros, sobre todo en el mundo de lo público. Sin embargo, entre nosotras mismas se fomenta el distanciamiento y el aislamiento que bifurca estas formas afectivas a rivalizar y enemistar con las otras a menos que exista un nexo filial (aunque esto no es necesariamente válido para un mayor acercamiento). En una época en que el siglo pasado histerizó a las mujeres, que en este siglo se organizó para deprimirlas. Vale preguntar entonces que es lo que vendrá en este nuevo siglo.

Desde el feminismo se han hecho grandes aportes en el vasto campo psíquico. Entre otros, la visibilización del psiquismo femenino, no como una definición inmutable sino como un campo del conocimiento a develar. Al mismo tiempo se desmantelan los contenidos androcéntricos y patriarcales de las concepciones psicológicas. El aporte se ha ampliado a la intervención terapéutica: la gran revolución consisten en desmontar la concepción de locura asociada a lo femenino y de lo femenino como lo fallido, y en desarrollar la construcción del psiquismo femenino en su especificidad humana (histórica) positiva y compleja.

Psicólogas y mujeres no especialistas, al tomar en mano propia su estado mental, han construido alternativas terapéuticas y de investigación. Se ha probado la eficacia de la democratización civil de la terapéutica y, en la práctica, se han politizado hechos que antes eran patológicos.

Porque este esfuerzo no queda solamente en la mera curiosidad investigativa, descriptiva y analítica, puede formular propósitos más fundamentales que potencian el alcance del mismo.

He definido que se puede aprovechar nuestras posibilidades y fortalezas como mujeres jóvenes en causas propositivas, modificar la vida, aptitudes, valores para el cambio propio y de mi entorno hacia una equidad e igualdad entre las personas.

¿Cómo se construyen las identidades de las jóvenes?

Nuestras identidades de mujeres latinoamericanas están marcadas por el sincretismo, porque nuestros mundos son síntesis de entrecruce de pueblos, intereses económicos expansionistas y de variadas formas de la dominación. Nuestros mundos son invenciones del poder.

La diversidad de las mujeres latinoamericanas se debe a las particularidades nacionales, étnicas, raciales, de clase, de edad, de salud, religiosas, políticas, ideológicas, sexuales y culturales. Y, cada una de esas condiciones e identidades históricas define modos de vida, existencias, y maneras de ser mujer.

Los estereotipos tradicionales marcados por la condición patriarcal de la mujer, definen a las mujeres como seres-para-los-otros, estructuradas por la sexualidad, el trabajo y la subjetividad enajenadas, para dar vida, sentido y cuidado a otros. La dependencia vital marca la subjetividad y define el carácter corporativo de las mujeres.

Ontológicamente esta configuración sustenta la incompletud y la ilimitación de las mujeres como seres cuyo sentido de la vida y cuyos límites personales están más allá, están en los otros.

La opresión de género está presente en las relaciones sociales que colocan a las mujeres bajo dominio y se desprende del contenido concreto de esta modalidad de género.

Sin embargo, ninguna mujer vive en correspondencia con los estereotipos tradicionales porque la modernidad ha significado cambios profundos en la feminidad y la vida tradicional de las mujeres, independientemente de que eso las beneficie o las perjudique.

Asimismo, la modernidad ha irrumpido en sus vidas más allá de su voluntad y su conciencia e incluso contra su voluntad.

Sobre los deberes y las prohibiciones tradicionales se han asimilado o superpuesto contenidos modernos de ser mujer que innovan la condición de género con aspectos que el orden tradicional patriarcal son atribuidos sólo a los hombres. Por ello, definidas desde lo simbólico tradicional, las contemporáneas somos síntesis, conservación y superación de lo femenino y lo masculino amalgamados de manera andrógina.

Siguiendo con los aportes de la antropóloga feminista Marcela Lagarde “Somos a la vez tradicionales y modernas, vivimos en cautiverio emancipadas, pensamos de manera binaria formal religiosa y mágicamente, a la vez que desarrollamos pensamiento complejo dialéctico y laico. La poligamia se abre paso en la sexualidad y la conyugalidad de más y más mujeres con mentalidad de monógama, ya no todas las jóvenes son vírgenes sino de manera efímera, pero siguen entregando su cuerpo y su sexualidad sólo que de manera emancipada al hombre de su vida por lo menos por ese momento”.

En ese sentido, el cuerpo-para-otros sigue hegemonizando la identidad de las mujeres. La innovación ideológica patriarcal hace aparecer la opción cuerpo-para-el-placer como más avanzado, moderno, emancipado que el cuerpo-procreador. En cualquier caso, la enajenación

sexual, corporal es la más adaptativa y sobrevive a otros ámbitos de la condición de la mujer resignificados con mayor claridad. Tenemos no sólo dobles y triples jornadas, trabajo visible e invisible, sino trabajamos extra para ganar unos centavos más.

Las mujeres latinoamericanas vivimos una doble vida que implica también marca de ruptura identitaria y la capacidad de reaccionar ante identidades asignadas diversas y contradictorias cargadas de expectativas sobre ellas que se entrecruzan y chocan. Crisis y conflictos de identidad desgarradores expresan esta escisión, sin embargo, las mujeres los interpretan desde otras visiones como errores, incapacidad, fallas. Se sienten fallidas y son señaladas como fallidas, inadecuadas. Como locas.

Sobretudo las mujeres suelen pensar, que ellas no son importantes en el nivel socio-político de la sociedad, que su única función productiva será en el rol de madre. Este lugar de madre en su contenido de socializadora quedó en la sombra de la atención pública (pero avalada constantemente por la sociedad y sus instituciones), sin tener ningún estímulo, ni remuneración social.

A la mujer se le pone como única responsable en la familia, lo que le dá un poder monopólico sobre los hijos y sobre todo de las hijas.

El resultado es una reacción defensiva hacia lo femenino, que es vivido como amenazante, y que se manifiesta en hostilidad, descalificación y ambivalencia, escondida atrás de la idealización de la madre (como santa) y de la discriminación de la mujer con deseo sexual (como puta)

Además del sexismo, el adultismo es otro gran factor que determina quién tiene el poder y quién no lo tiene, quién tiene derecho a mandar y quién tiene el deber de obedecer y callar. La edad y el sexo definen hasta en los aspectos más íntimos quiénes detentan el poder y quiénes no, quiénes dominan y quiénes son dominados. Una generación no es una entidad homogénea y cada joven que la integra, tampoco. Esta tendencia de demarcar y explicitar otro sistema de exclusión y discriminación que hacen organizaciones en la creación de teoría y conocimiento como Puntos de Encuentro y la Colectiva Pancha Carrasco, autoras y autores como Claudio Duarte, Marcela Lagarde, Raúl Zibechi y Marisol Patiño, intentan partir desde un enfoque juvenil, que tome en cuenta la heterogeneidad del sector y más aún la diferencia por género. Para la mujer, sea cual sea su edad y más aún si es joven, es un cuerpo y casi nadie se interesa en averiguar si hay algo más debajo de la piel.

Se es joven porque saben que son jóvenes, porque sus pocos años así lo proclaman, porque hacen cosas de jóvenes y porque sienten que poseen el mundo de la esperanza. Aunque los hechos se encarguen de contradecir lo que la sociedad asigna.

Contemplar la juventud como etapa de la vida carente de responsabilidades es como si adultas, adultos y jóvenes de uno y otro sexo, saltando por encima de barreras culturales, sociales y religiosas, se hubiesen puesto de acuerdo en considerar las responsabilidades como una catástrofe vital y no como un estímulo para la vida.

Pareciera que la generación adulta olvidó muy pronto el miedo a la vida, la inseguridad y el temor a no acertar a ocupar un lugar adecuado en el mundo que, sin duda, atenazaron esos años juveniles en que la alegría y la no-responsabilidad se presentan como obligatorios. Se catalogan las “responsabilidades” únicamente las que se refieren al mantenimiento económico del hogar y su cuidado. Según ese criterio, optar por una vocación profesional y la capacitación para realizarla no serían responsabilidades; ni la búsqueda de una pareja adecuada; ni el diseño de un proyecto vital y de los principios y normas que regirán la conducta a lo largo de toda la vida; ni la elección de una meta hacia la que encaminar los pasos para saber si se avanza o no.

La vida exige que todas estas trascendentales decisiones sean tomadas durante la etapa juvenil, precisamente cuando la alegría y la supuesta no-responsabilidad son socialmente obligatorias.

La generación adulta ha impuesto, históricamente, a las sucesivas generaciones jóvenes una visión idealizada de la juventud como una etapa risueña, alegre, no responsable quizá porque cuando fueron jóvenes, no cumplieron con las inmensas responsabilidades juveniles o las cumplieron muy deficientemente. Como consecuencia, prefieren recordar su propia juventud como una etapa irresponsable, tal vez porque fueron irresponsables.

La juventud, inmersa en sus gravísimos problemas, se deja imponer los criterios adultos hasta invisibilizar su propia realidad y aceptan sin crítica la falsa “alegría” y la aún más falsa “no-responsabilidad”

Las jóvenes consideran que su juventud permanece hasta que entablan una relación estable de pareja y/o hasta que acceden a la maternidad, no necesariamente esa salida el ámbito juvenil implica el ingreso al mundo adulto. Dentro de la investigación realizada por Puntos de Encuentro “Una causa para rebeldes” se evidenció con respecto a esto, que la juventud de los varones dura más.

Las jóvenes con uno de sus objetivos de género tradicional de Madre-esposas, esperan encontrar un compañero para afrontar la vida, el futuro, las responsabilidades familiares, no se deja de lado lo profesional, ni exteriorizan la búsqueda del famoso mito del príncipe azul, instaurado en las mujeres.

Dentro de la vida de las jóvenes no caben muchos de los estereotipos que se tienen con respecto a la juventud, por ejemplo uno de los más comunes como “la juventud es rebeldía”, si empezamos a analizar este asunto y en términos generales la mayoría de las y los jóvenes guardan aspiraciones muy dentro de los mismos esquemas que han regido durante los últimos cien años.

Como consecuencia de la transformaciones físicas, psíquicas y de la vitalidad, también se considera el tiempo del descubrimiento de la sexualidad, la atracción física y el amor parte de la juventud. Obviamente existen diferencias tajantes entre las vivencias de los jóvenes y las jóvenes.

Topamos con la dificultad de que las mujeres jóvenes no ponen en primer lugar, en la conciencia, la identidad de género, ese es el problema . Las mujeres jóvenes en todos nuestros

países pasan por un período muy similar (quienes van a la escuela, el trabajo, o quienes están fuera de su casa) de fortalecimiento de identidad juvenil que es prioritaria a la de la identidad de género.

La juventud experimenta la terrible dicotomía de una constante social de idealización de esta etapa de la vida y por otro lado el menosprecio y la subvaloración que rodea el ser jóvenes porque no saben lo que quieren, ni donde están ni para dónde van.

“La juventud para las mujeres es una etapa muy compleja de vida porque hay muchas convocatorias, tradicionales y modernas. Todas al mismo tiempo y entonces hay convocatorias que valoran mucho más a las mujeres, por ejemplo, la estética es una, entonces muchas mujeres jóvenes están muy escindidas entre tener y querer ser bellas y entre tener y querer ser inteligentes, capaces académicamente o laboralmente. Pero el reconocimiento social es siempre muy tradicional, las mujeres jóvenes enfrentan una doble dificultad porque no sólo es de género es general de todo, además se complica con la edad porque lo mismo que es exaltado y valorado positivamente por la sociedad que es la juventud, como valor intrínseco, se convierte en un *deber ser*, entonces debe ser joven eterna y debe manejar su juventud como un atributo de valor, y debe manejar sus atributos reconocidos como un recurso de valor, pero no pretender algo más. Pero también por otro lado la carga enorme es la inferiorización por ser jóvenes. Por un lado, supervalorada la juventud en el género femenino pero al mismo tiempo inferiorizadas porque no tienen autoridad, no tienen legitimidad, no tienen reconocimiento en la toma de decisiones, no tienen reconocimiento en sus habilidades, son desmerecidas por la gente adulta, mujeres y hombres, la sociedad y sus instituciones”, apunta Lagarde en una entrevista personal realizada este año.

También es paradójico y ambivalente el manejo de los valores atribuidos a ser joven y a no ser joven.

Es una etapa en la que se conjunta lo que llamamos la doble vida de las mujeres y que es muy antagónica y muy contradictoria las mujeres que en esa edad, en la juventud, deben cumplir con establecer una pareja, que además sea estable, bien elegida, funcional y magnífica. Tienen que casarse, tienen que ser madres y formar una familia y al mismo tiempo como modernas tienen que estudiar y trabajar. Son los momentos cúspides de la exigencia educacional, laboral en un mercado cada vez más competido al mismo tiempo que están las otras exigencias de género ya convertidas en necesidades personales, o sea al mismo tiempo que tiene que establecer pareja, establecer relaciones amorosas, relaciones sexuales eróticas, tienes que cuidarte para no irrumpir negativamente en la vida propia y de los demás. Podemos hablar de una densidad vital impresionante, paradójica, sin recursos y además parcializada al resto de las mujeres porque se vive un antagonismo con las mujeres adultas, se vive la distancia con las niñas y la competencia con todas las pares, es una de las etapas más aisladas de las mujeres, solo es válida establecer alianza por razones de amistad y por nexo familiar.

La identidad de género queda relegada solo a aspectos familiares o de amistad. Entonces, muchas veces las mujeres jóvenes no es que no sepan que son mujeres, saben que son mujeres, pero eso no es suficiente para aliarse, para ser más allá de amigas entre sí o más allá de ser parientas. No está en el horizonte cultural, ahí prevalece la identidad juvenil o la identidad

estudiantil como si fuera neutra, como si no tuviera género y entonces hay como una convocatoria muy fuerte a las mujeres a hacer cosas, a participar, a actuar como si ser mujeres no importara, como si fuera posible estar ahí a-genéricamente haciendo acciones de política, de movimiento, de participación. En opinión de Lagarde, las mujeres jóvenes como todas las mujeres son convocadas a no poner en primer término su identidad de género sino que actuar como si eso no tuviera una importancia política, social, para la acción, para el encuentro. Hay protagonismo de mujeres jóvenes, aún en minoría, aún en desigualdad logran moverse en los espacios públicos (movimientos sociales, en las organizaciones estudiantiles, en las organizaciones; por su trabajo, por su vocación, su eficiencia, su capacidad de lo que sea) y logran establecer algunos liderazgos reconocidos, siempre y cuando no lideren a favor de la causa de las mujeres, esa es la condición de participación y sigue siendo una condición de participación para las jóvenes, para las adultas y las adultas mayores.

Desde la perspectiva feminista el reto es legitimar nuestra identidad de género como una dimensión que justifica nuestra participación política y luego politizar la identidad de género para que podamos establecer poderes e incluso liderazgos a favor de la causa de las mujeres.

Las mujeres debemos redimensionar políticamente nuestra identidad de género.

Parte de la opresión de género en las mujeres, es cuando se exalta a las mujeres solo lo estético, se valora a las mujeres solo a través de una cosificación estética o erótica. Nos cosifica porque el cuerpo queda despojado, no se es una persona, se es un estereotipo. Y a esto debe dársele un tratamiento especial cuando abordamos la temática con respecto a las mujeres jóvenes puesto que juega un papel fundamental que debemos explorar en cuanto a la construcción de imágenes, identidades, formas de vida que asumen las jóvenes.

¿Cómo influye lo externo en la identidad?

La mayoría de personas aspira ocupar un sitio simbólico en la modernidad y en beneficiarse de ella para salir de las condiciones de carencia, privación y exclusión. El anhelo es acceder a alimentación, servicios, salud, vivienda, educación, trabajo, diversión. Las aspiraciones abarcan la buena vida, la realización, la comodidad, la belleza y la trascendencia. Las ganas de sentirse bien, a gusto con su vida, en su casa, en su barrio, en su tierra, su mundo, se amalgaman con deseos de que el mundo funcione bien y en paz. Sin embargo, la modernidad sólo contiene en sus ideologías los principios de igualdad de oportunidades y, es obvio, que socialmente se basa en la real exclusión de grandes grupos y categorías sociales, de su idealizado nivel de vida.

Al empeorar la condición y la situación de género de las mujeres, aumentan la pobreza, la marginación, la violencia, y todas las formas de exclusión. Las mujeres quedan en peores condiciones para resistir al dominio y el daño y, desde luego es imposible siquiera plantearse posibilidades de desarrollo individual, grupal y colectivo para quienes van quedando en esa situación. La opresión de género impacta todas y cada una de las dimensiones vitales de cada mujer y del género en su conjunto.

La familia y el hogar han dejado de ser sitios cómodos o más bien nunca han sido sitios cómodos en su aspecto emocional y de estabilidad por la constante cantidad de abusos de diversa índole. Así como en su aspecto físico, la crisis de vivienda ha restado espacio físico en el hogar para realizar actividades satisfactorias.

Hay una diversidad amplia en cuanto a la composición de las familias, con una sobreestimación por la familia, pero sobretodo la familia nuclear. Desde acá la mayoría de teóricos y teóricas de la psicología general, psicoanalítica mantienen y refuerzan enfoques tradicionales en cuanto a una sobrevaloración. Millstein, Coffey (1993), citado por Krauskopf mencionan que frecuentemente son los problemas no resueltos al interior del grupo familiar, la dificultad para encontrar las actitudes requeridas en las nuevas interacciones lo que hace crisis durante la fase juvenil.

También Krauskopf amplía en su misma línea que “la adecuación dinámica del sistema familiar implica la elaboración del duelo producido por la separación-individuación de los hijos en medio de la preeminencia de expectativas y ansiedades originadas en la necesidad de que la familia permanezca unida. Al producirse la separación funcional vuelven a conectarse en nuevas formas. *Los adolescentes* valorizan mucho a sus *padres* en este período de sus vidas. Inclusive sus valores básicos se mantienen muy similares a los familiares y las diferencias más notorias se dan en áreas propias de la cultura juvenil y en la experimentación con nuevas opciones de inserción y producción”.

Otro nivel que marca mucho a las mujeres jóvenes es que el reconocimiento depende mucho de los hombres, porque por lo menos las mujeres jóvenes modernas tienen mecanismos de cierta independencia familiar, por ejemplo si son estudiantes pueden tener horas independientes, relaciones independientes, actividades independientes, que lleva a una cierta fantasía de libertad puesto que en realidad se siguen manteniendo en relaciones y posiciones que las hacen o las mantiene en formas de dependencia con pocas posibilidades para la autoafirmación, la autodeterminación y el empoderamiento.

Hay una búsqueda de reconocimiento en los hombres muy tradicional que es para todo el género pero que en estas edades es muy compleja porque la juventud es la etapa en que las mujeres debemos realizar muchas experiencias de vida muy importantes que tienen que ver con educación, con el empleo o con el trabajo pero también con los mandatos de género tradicionales como la conyugalidad, el matrimonio y la maternidad. Todo al mismo tiempo.

En cuanto a la amistad, entre las mujeres jóvenes es muy profunda, pero están basadas en un acompañamiento de vida y en una complicidad para realizar las necesidades de la vida. No necesariamente favorables al desarrollo de las mujeres, ese es el problema, toda la complicidad y cercanía está ahí pero de una forma que las mujeres no se tienen enfrente unas de las otras, no tienen la conciencia de género, al contrario tiene que ir en pos de cumplir todos los objetivos de género que en esa edad son sobrecargados.

Los centros de enseñanza media y técnica no representan un espacio que les pertenezca, con el cual se identifican ni donde mantiene relaciones fluidas y estables con sus profesores y pares. Representa un espacio en el cual son sometidas a una suerte de “agresión”, (omisión) más bien

pasiva que activa, como resultado de una des-identificación con el centro, distancia afectiva, que muestran indiferencia ante los problemas cotidianos de la joven y una creciente percepción acerca de la inutilidad de la enseñanza allí recibida, que terminan alejándola del sistema educativo.

El sistema educativo no sólo se muestra incapaz de revertir las desigualdades sociales sino que tiende a congelarlas. La educación formal viene a reforzar las jerarquizaciones profesionales al institucionalizarlas a través del currículum y que al proceder a uniformizar y disciplinar, desarraiga los saberes “no autorizados” y genera “desaprendizajes”, convirtiendo el proceso educativo en “una acumulación de rutinas sintácticas, rápidamente olvidadas” que refuerzan “las desigualdades previas legitimándolas como mero registro de los diferentes desempeños escolares”.

Existen otros espacios de socialización fuera de la familia y colegio, pero con la constante expulsión de las jóvenes de todos los espacios, por ejemplo la iglesia, la calle (el barrio), espacios organizativos comunales. En estos las mujeres estamos en una posición de desposesión en la mayoría de lugares y se pueden convertir hasta en sitios peligrosos a nivel real y a nivel del fuerte sometimiento que exigen a las mujeres.

La reducción y degradación de los espacios, se ve contrarrestada por la iniciativa de intereses privados que se convierten en centros de atracción, y hasta de recreación. Pero son espacios despersonalizados, sin tiempo ni historia, definidos por algunos como “no lugares” (Augé, Marc, “Los no lugares. Espacios del anonimato”, Gedisa, 1996 citado en Zibechi 1997). Los lugares o lugares antropológicos tienen capacidad de fundar, reunir y unir grupos humanos. Tienen básicamente tres rasgos comunes, son “identificatorios, relacionales e históricos”, atributos que han sido producidos por una historia anterior, por lo que son también “lugares de memoria”.

Por el contrario, los “no lugares” no son ni espacios de identidad, ni habilitan las relaciones sociales ni tienen una historia; son provisorios, efímeros, sitios de paso. En ellos deambulan las individualidades solitarias, “una forma muy particular y muy moderna de soledad”. Se conjugan las figuras del exceso posmoderno: “superabundancia de acontecimientos, superabundancia espacial y la individuación de las referencias”. A diferencia de la ciudad moderna descrita por Baudelaire, donde se registra la “pérdida del sujeto en la muchedumbre” que habilitaba la creación de lo “social orgánico”, los no lugares “crean la contractualidad solitaria”.

En realidad, la invasión de la ciudad por una serie de no lugares no es la causa de la fragmentación y de la decadencia de la interacción social, sino su consecuencia. Pero la ensanchan. En este punto, el problema no es el anonimato sino que estos espacios “no operan ninguna síntesis, no integran nada, autorizan solamente el tiempo de un recorrido, la existencia de individualidades distintas, semejantes e indiferentes las unas a las otras”.

El desarrollo urbano sigue el mismo camino de las grandes ciudades del mundo y la planificación municipal encuentra grandes dificultades para revertirlo. Las mayorías sociales llegan a vivir la ciudad como “algo ajeno, que no les pertenece”, constatando la ausencia de

identificación con ella. El sector más afectado por la segmentación es la juventud (y las mujeres jóvenes), cuya potencialidad es “obstruida por una ciudad que la condena a vivir asediada y postergada.”.

Muchos barrios han venido perdiendo su carácter socializador (y continentador) para convertirse en barrios-dormitorio donde reina el anonimato, no pocos se empeñan en inflar mecanismos de protección y servicios de seguridad, a la vez que parques y plazas se transforman en sitios peligrosos a partir de cierta hora de la noche.

Nuevas identidades

La innovación cultural a menudo no fluye desde las elites establecidas o las culturas dominantes sino que se difunde en forma inversa, desde los grupos subalternos o las culturas subterráneas hacia el resto de la sociedad, aunque participen en ellos sectores muy minoritarios (Respecto a la interacción). En realidad, a lo largo de la historia -desde el cristianismo hasta el feminismo, por poner dos ejemplos distantes temporal e ideológicamente- los cambios en la cultura parten habitualmente de núcleos muy activos pero pequeños, para difundirse luego al resto de la sociedad, cuando las condiciones aparecen dadas y esos cambios encarnan profundas necesidades de innovación.

Las mujeres que estuvieron trabajando en el proceso de Beijing se plantearon la necesidad del acceso de las mujeres al poder, pero no al poder establecido sino a los poderes positivos para la vida de las mujeres.

Entonces el proceso o el conjunto de procesos de empoderamiento son todos aquellos tendientes a lograr que las mujeres nos vayamos haciendo de recursos, bienes, habilidades, capacidades, espacios y todo lo sea favor de nuestra propia vida. Eso es el empoderamiento, para enfrentar como sujetas oprimidas la opresión y además para avanzar. O sea el empoderamiento tiene funciones muy concretas, desarticuladoras de la opresión. Entonces llamamos poderes positivos desde la perspectiva de empoderamiento, aquellos que permiten deconstruir opresión y a aquellos que permiten remontar y crear alternativas en nuestras propias vidas.

También planteamos el empoderamiento como un conjunto de procesos en que cada mujer internaliza esos poderes, o sea que no son poderes externos sino que se vuelven maneras de ser, de vivir, de pensar, de sentir, de actuar, no es un poder ajeno a la persona es una reconstitución de la persona que ha internalizado que ha hecho suyos y que es empoderada.

La otra dimensión del empoderamiento, es que para que haya un proceso de género individual tiene que haber un proceso de género colectivo, social. Y entonces es una articulación entre una construcción social colectiva y una apropiación individual subjetiva. Y tiene que ver -el empoderamiento también- con el conjunto de capacidades de las mujeres para enfrentar como género la problemática de género. Por eso la mayoría de mujeres jóvenes pueden tener poderes, pueden acceder a poderes y a recursos pero socialmente no se les permite que los ejerzan a favor suyo, como género. Lo ejercen para conseguir pareja, para tener hijos e hijas, para con

sus familias, para la educación formal, para satisfacer las necesidades de los empleadores, para cumplir con las obligaciones ciudadanas, todo pero que no pase por transformar la condición de género.

La sororidad es una experiencia práctica, amorosa, intelectual y política es una experiencia concreta que tiene que materializarse en acciones específicas. La palabra deriva y se define de la hermandad entre las mujeres, el percibirse como iguales que pueden aliarse, compartir y sobretodo cambiar su realidad debido a que todas que diversas maneras experimentamos la opresión.

La sororidad es el resultado del encuentro, es el resultado de un conjunto de procesos de encuentro entre las mujeres. Se va construyendo como una alternativa compartida y un apoyo para transformar la vida a favor de cada mujer, esa es la diferencia rotunda con la solidaridad, porque la solidaridad tiene que ver con un intercambio que mantiene las condiciones como están, puede propiciar avances y cambios pero no específicos al género; en cambio la sororidad tiene como implícito la modificación de las condiciones de género.

Elementos de cambio

Dentro de las propuestas derivadas del feminismo, el proceso apunta a salir del aislamiento. Y desarrollar procesos de aproximación de las mujeres, como se ha señalado anteriormente muchas veces el acercamiento esta tamizado por las relaciones familiares, donde hay muchas contradicciones por la autoridad de la familia, por la autoridad de los adultos, o están las amigas, pero con la complicidad de cumplir los mandatos de género tradicionales, entonces se requiere que las mujeres salgan de ese aislamiento y que puedan encontrar espacios, para lograr esa identificación positiva entre las mujeres. Sin embargo no se trata solamente de encuentros, también de aprendizajes, estudio y concientización para desarrollar una conciencia de género. –

Esta se puede articular en el móvil fundamental para iniciar un proceso de cambio real de situaciones de opresión y marginación que están viviendo las mujeres jóvenes y mujeres en general.

Cuando las mujeres logramos esa conexión entre nosotras se puede establecer al mismo tiempo una afirmación identitaria, eso es nos ayuda muchísimo cuando logramos establecer una mirada de aprobación de las otras mujeres, cuando podemos dejar de desidentificarnos con ellas. Pero ahí necesitamos hacer más cosas, por ejemplo no solo reforzar la identidad de género juvenil que eso ya sería un paso enorme, sino al mismo tiempo reforzar la identidad de género con todas las otras mujeres y ahí tenemos que superar los problemas de poder entre las mujeres.

La afectividad asignada a las mujeres corresponde con la incompletud y la dependencia afectiva, la culpa, el miedo, la confusión de amor con la entrega, la dádiva, el sacrificio y el cuidado, corresponden con el ser-para-otros. Es fundamental asumir la construcción de alternativas con el amor propio, del autocuidado y la autonomía para las mujeres

En este tránsito que conlleva a la construcción del propio protagonismo como base de nuestra condición de sujetas, las mujeres necesitamos resignificar la autoidentidad, como una experiencia cada vez más autoreferida, definida más por las necesidades de la propia existencia que por lo simbólico patriarcal.

Ursula Hauser señala que en la historia encontramos que los cambios o la “rebeldía” de las mujeres ha sido siempre castigada y patologizada. Por cualquier precio la mujer tiene que quedarse en el lugar de la “dominada”, mismo lugar social que por la movilidad laboral ha cambiado. Esto se demuestra en la prohibición de la auto-determinación sobre su cuerpo, en la inhibición de su desarrollo psico-sexual libre, en la culpabilización de sus deseos.

La identidad requiere una condición de fluidez de condición cambiante y maleable que no aprisione como en las identidades cautivas, sino que contenga el sentido de la libertad. Y, en este punto, la libertad no es una condición externa, sino un presupuesto de la resignificación.

No basta con dejar de ser-para-los-otros (proceso deconstructivo) sino en crear las condiciones del ser-para-mí (proceso reductivo). Este esfuerzo vital abarca dos dimensiones que deben ser transitadas por cada mujer: Una interna, subjetiva, intrapsíquica tendente a desocupar el propio centro vital habitado por los otros y hacer el lento recorrido a la centralidad de la propia vida: colocar el Yo en el centro, y desplazar a los otros a la periferia de la propia subjetividad, del propio tiempo y del propio espacio simbólico y material, al redefinir prioridades y compromisos. Y una dimensión externa que implica la reacción directa con los otros en la vida cotidiana y en la vida social. Es ahí donde cada mujer debe priorizar y satisfacer concretamente sus necesidades, enfrentar sus privaciones y usar sus capacidades para su independencia, construir su autonomía e ir eliminando las jerarquías subordinantes en la práctica.